

JESÚS

APROXIMACIÓN HISTÓRICA



JOSÉ ANTONIO PAGOLA



AMIGO DE LA MUJER

Buena parte de los pobres que rodeaban a Jesús eran mujeres; privadas del apoyo de un varón, ellas eran sin duda las más vulnerables. Por otra parte, ser mujer en aquella sociedad patriarcal significaba estar destinada a vivir en un estado de inferioridad y sumisión a los varones. ¿Es esto lo que quiere ese Dios compasivo del que habla Jesús? ¿No podrán conocer ellas una vida más digna en el reino de Dios? ¿Cómo las ve y las siente Jesús?

Lo primero que sorprende es verlo rodeado de tantas mujeres: amigas entrañables como María, oriunda de Magdala; las hermanas Marta y María, vecinas de Betania, a las que tanto quería; mujeres enfermas como la hemorroísa o paganas como la siro-fenicia; prostitutas despreciadas por todos o seguidoras fieles, como Salomé y otras muchas que le acompañaron hasta Jerusalén y no le abandonaron ni en el momento de su ejecución. De ningún profeta de Israel se dice algo parecido. ¿Qué encontraban estas mujeres en Jesús? ¿Qué las atraía tanto? ¿Cómo se atrevieron a acercarse a él para escuchar su mensaje? ¿Por qué se aventuraron algunas a abandonar su hogar y subir con él a Jerusalén, provocando seguramente el escándalo de algunos?¹

La condición de la mujer judía

Jesús nació en una sociedad en cuya conciencia colectiva estaban grabados algunos estereotipos sobre la mujer, transmitidos durante siglos.

¹ Para aproximarnos a la actuación de Jesús ante las mujeres, hemos de tener en cuenta tres factores: todas las fuentes que poseemos sobre Jesús están escritas por varones, que, como es natural, reflejan la experiencia y actitud masculinas, no lo que sintieron y vivieron las mujeres en torno a él; estos escritores emplean un lenguaje genérico y sexista que «oculta» la presencia de las mujeres: los «niños» que abraza Jesús son niños y niñas, los «discípulos» que le siguen son discípulos y discípulas; en tercer lugar, a lo largo de veinte siglos, los comentaristas y exegetas de los evangelios han impuesto una lectura tradicional masculina.

Mientras crecía, Jesús los pudo ir percibiendo en su propia familia, entre sus amigos y en la convivencia diaria.

Según un viejo relato, Dios había creado a la mujer solo para proporcionarle una «ayuda adecuada» al varón. Ese era su destino. Sin embargo, lejos de ser una ayuda, fue ella precisamente la que le dio a comer del fruto prohibido, provocando la expulsión de ambos del paraíso². Este relato, transmitido de generación en generación, fue desarrollando en el pueblo judío una visión negativa de la mujer como fuente siempre peligrosa de tentación y de pecado. La actitud más sabia era acercarse a ella con mucha cautela y mantenerla siempre sometida³. Es lo que se le enseñó a Jesús desde niño.

Había también otra idea incontestable en aquella sociedad patriarcal dominada y controlada por los varones: la mujer es «propiedad» del varón. Primero pertenece a su padre; al casarse pasa a ser propiedad de su esposo; si queda viuda, pertenece a sus hijos o vuelve a su padre y hermanos. Es impensable una mujer con autonomía. El decálogo santo del Sinaí la consideraba una propiedad más del patrón de la casa: «No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo»⁴. La función social de la mujer estaba bien definida: tener hijos y servir fielmente al varón.

El control sobre la mujer estaba fuertemente condicionado por las reglas de pureza sexual⁵. La mujer era ritualmente impura durante su menstruación y como consecuencia del parto. Nadie debía acercarse a la mujer impura. Las personas y los objetos que tocaba quedaban contaminados. Esta era, probablemente, la principal razón por la que las mujeres eran excluidas del sacerdocio, de la participación plena en el culto y del acceso a las áreas más sagradas del templo. La mujer era fuente de impureza. A Jesús se lo advirtieron sin duda desde pequeño.

Esta visión negativa de la mujer no perdió fuerza a lo largo de los siglos. En tiempos de Jesús, por lo que podemos saber, era tal vez más

² Génesis 2,4-3,24. Este relato fue escrito hacia el siglo IX a. C.

³ La literatura sapiencial judía exhorta repetidamente a los varones a no fiarse de la mujer y a tenerla siempre bajo control (Eclesiástico 25,13-26,18; 42,9-14; Proverbios 5,1-23; 9,13-18).

⁴ Éxodo 20,17.

⁵ Levítico 15,19-30.

negativa y severa⁶. La mujer no solo es considerada fuente de tentación y ocasión de pecado. Es, además, frívola, sensual, perezosa, chismosa y desordenada. Según el escritor judío Filón de Alejandría, contemporáneo de Jesús, mientras el varón se guía por la razón, la mujer se deja llevar por la sensualidad. Probablemente Flavio Josefo resume bien el sentir más generalizado en tiempos de Jesús: «Según la Torá, la mujer es inferior al varón en todo»⁷.

Por otra parte, la mujer era considerada como un ser vulnerable al que los hombres han de proteger de la agresión sexual de otros varones. Por eso se la retenía recluida en el hogar y retirada de la esfera de la vida pública. Los varones cuidaban del honor de la casa y lo defendían públicamente; las mujeres tenían que cuidar de su propia reputación y no avergonzar a la familia con una actuación deshonrosa. Lo más seguro era encerrarlas en casa para que guardaran mejor su honor sexual. Todos podían así vivir más tranquilos en las aldeas.

Al casarse, la mujer salía de su propia familia y pasaba, muchas veces sin ser consultada, de la autoridad del padre a la de su marido. En adelante, toda su vida transcurriría a su servicio: por eso lo llamaba *ba'alí*, «mi señor». Sus deberes eran siempre los mismos: moler el trigo, cocer el pan, cocinar, tejer, hilar, lavar el rostro, las manos y los pies de su hombre. Naturalmente, su principal cometido consistía en satisfacerlo sexualmente y darle hijos varones para asegurar la subsistencia de la familia. Sin embargo, parece que la influencia de la mujer era grande dentro de la familia: muchos hombres las respetaban y ensalzaban como madres de sus hijos. Ellas eran, seguramente, las que cuidaban el clima familiar y religioso dentro de la casa⁸.

Fuera del hogar, las mujeres no «existían». No podían alejarse de la casa sin ir acompañadas por un varón y sin ocultar su rostro con un velo. No les estaba permitido hablar en público con ningún varón. Debían permanecer retiradas y calladas. No tenían los derechos de que gozaban los varones. No podían tomar parte en banquetes. Excepto en casos muy

⁶ La literatura rabínica es, por lo general, muy negativa respecto a la mujer. Pero, al ser de fecha posterior incierta, no nos permite remontarnos con seguridad hasta los tiempos de Jesús.

⁷ Flavio Josefo, *Contra Apión* II, 201.

⁸ En la literatura rabínica posterior a Jesús se pueden leer textos muy elogiosos: «Para el que pierde a su mujer, el mundo se hace más tétrico» (Rabí Alexandrai); «El que no tiene esposa, no conoce lo bueno, vive sin ayuda, sin alegría, sin bendición...» (Rabí Jacob).

precisos, su testimonio no era aceptado como válido, al menos como el de los varones. En realidad no tenían sitio en la vida social. El comportamiento de mujeres que se alejan de la casa y andan solas, sin la vigilancia de un hombre, tomando parte en comidas o actividades reservadas a los varones, era considerado como una conducta desviada, propia de mujeres que descuidan su reputación y su honor sexual. Jesús lo sabía cuando las aceptaba en su entorno.

También la vida religiosa, controlada por los varones, colocaba a la mujer en una condición de inferioridad. Solo en la celebración doméstica tenía alguna participación significativa, pues era la encargada de encender las velas, pronunciar ciertas oraciones y cuidar algunos detalles rituales en la fiesta del sábado. Por lo demás, su presencia era del todo secundaria. Las mujeres estaban separadas de los hombres tanto en el templo como, probablemente, en la sinagoga. Las normas de pureza, interpretadas de manera rígida, solo les permitían el acceso al atrio de los paganos y de las mujeres, no más allá.

En realidad, el verdadero «protagonista» de la religión judía era el varón: no hemos de olvidar que la circuncisión era el rito que constituía a alguien como miembro del pueblo de la Alianza. La mujer no tiene la misma dignidad que el varón ante la ley. De hecho, estaba sometida a todas las prohibiciones lo mismo que el varón, pero no se contaba con ella como sujeto activo de la vida religiosa del pueblo: no tenían obligación de recitar diariamente el *Shemá*, confesión oficial de la fe de Israel; tampoco estaban obligadas a subir en peregrinación a Jerusalén en las fiestas de Pascua, Pentecostés o las Tiendas. No era necesaria su presencia. Bastaban los hombres en todo lo referente a la relación con Dios: todo estaba dirigido por los sacerdotes del templo y los escribas de la ley. Por tanto, no era necesario iniciar a las mujeres en la Torá: no estaban obligadas al estudio de la ley, ni los escribas las aceptaban como discípulas. Sorprende la dureza de ciertos dichos rabínicos que, aun siendo de fecha posterior a Jesús, pueden sugerir algo de lo que se vivía también en sus tiempos: «Quien enseña a su hija la Torá, le enseña el libertinaje, pues hará mal uso de lo aprendido»; «Antes sean quemadas las palabras de la Torá que confiadas a una mujer»⁹.

⁹ Hay, sin embargo, dichos que animan a los padres a enseñar la Torá también a las hijas.

De esta manera, las mujeres judías, sin verdadera autonomía, siervas de su propio esposo, recluidas en el interior de la casa, sospechosas de impureza ritual, discriminadas religiosa y jurídicamente, constituían un sector profundamente marginado en la sociedad judía¹⁰. Es significativa la oración que recomienda Rabí Yehudá para ser recitada diariamente por los varones: «Bendito seas, Señor, porque no me has creado pagano ni me has hecho mujer ni ignorante». Pero, ¿era esto realmente lo que quería Dios? ¿Qué pensaba el profeta que anunciaba su amor compasivo? ¿Qué podían esperar las mujeres con la llegada del reino de Dios?

Amigo de las últimas

Las mujeres que se acercaron a Jesús pertenecían, por lo general, al entorno más bajo de aquella sociedad. Bastantes eran enfermas curadas por Jesús, como María de Magdala¹¹. Probablemente se movían en su entorno mujeres no vinculadas a ningún varón: viudas indefensas, esposas repudiadas y, en general, mujeres solas, sin recursos, poco respetadas y de no muy buena fama. Había también algunas prostitutas, consideradas por todos como la peor fuente de impureza y contaminación. Jesús las acogía a todas¹².

Estas mujeres están entre los pecadores e indeseables que se sientan a comer con él. Aquella mesa no es la «mesa santa» en la que comen los «varones de santidad» de la comunidad de Qumrán, excluyendo a toda mujer. No es tampoco la «mesa pura» de los sectores fariseos más radicales, que toman sus alimentos observando la pureza ritual de los

¹⁰ Hay indicios para sospechar que, en los pueblos pequeños de Galilea, las costumbres eran menos estrictas que lo que se puede deducir de los textos rabínicos. Las mujeres salían más libremente de casa, acompañaban a los hombres y a los niños en trabajos del campo y no siempre se cubrían el rostro con el velo (Witherington III, Elisabeth Meier).

¹¹ Lucas 8,2.

¹² Lucas nos dice que acompañaban a Jesús «Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que le servían con sus bienes» (8,3). Es difícil imaginar esta especie de ricas matronas viajando por Galilea y sosteniendo económicamente al grupo. Más de uno sospecha que este dato, aportado solo por Lucas, es probablemente una creación de este evangelista que anticipa la conversión de esas «mujeres distinguidas» de las que hablará en Hechos de los Apóstoles 17,4-12 (Schüssler Fiorenza, Fitzmyer, Schweizer, Corley; en contra Meier).

sacerdotes¹³. Para Jesús, sin embargo, estas comidas son precisamente símbolo y anticipación del reino de Dios. Junto a él se puede ver ya cómo los «últimos» del pueblo santo y las «últimas» de aquella sociedad patriarcal son los «primeros» y las «primeras» en entrar al reino de Dios¹⁴.

La presencia de estas mujeres en las comidas de Jesús resultaba probablemente escandalosa. Las que se movían fuera de casa, acompañando a hombres, eran consideradas como mujeres de fácil acceso para cualquier comensal, sobre todo si no venían acompañadas por su esposo¹⁵. Por otra parte, los recaudadores de impuestos tenían fama de vivir en contacto con el mundo de las prostitutas. Algunos de ellos dirigían pequeños burdeles o proporcionaban mujeres para los banquetes¹⁶. Jesús ni se asusta ni las condena. Las acoge con el amor comprensivo del Padre. Nunca habían estado aquellas mujeres tan cerca de un profeta. Jamás habían escuchado hablar así de Dios. Más de una llora de agradecimiento. A sus adversarios no les resulta difícil desacreditarlo como hombre poco observante de la ley, «amigo de pecadoras». Jesús los desafió en alguna ocasión de manera provocativa: «Los recaudadores y las prostitutas entran antes que vosotros al reino de Dios»¹⁷.

Tampoco el «código de pureza» fue para Jesús un obstáculo para estar cerca de las mujeres. Al parecer, las prescripciones de este código ejercían un control sobre la vida de la mujer mucho más fuerte que sobre los varones¹⁸. Durante la menstruación, la mujer permanece en estado de impureza siete días; después del parto, cuarenta días si ha tenido un hijo varón y ochenta si ha dado a luz una hija. De hecho, el estado casi permanente de las mujeres es el de «impureza ritual». Es difícil saber cómo

¹³ No se sabe si entre los fariseos se admitía a las mujeres en las comidas importantes de carácter festivo.

¹⁴ Los evangelistas hablan de «pecadores», pero detrás de ese lenguaje sexista hemos de ver también a «pecadoras».

¹⁵ Es significativo el nerviosismo del fariseo Simón cuando una prostituta del pueblo se acerca a Jesús en pleno banquete con gestos y actitudes que él considera propios de una «pecadora». El relato está muy trabajado por Lucas (7,36-50).

¹⁶ Kathleen E. Corley ha mostrado con muchos datos tanto la sospecha de promiscuidad que recaía sobre las mujeres que tomaban parte en banquetes públicos como la vinculación de los recaudadores de impuestos con los ambientes de prostitutas.

¹⁷ Mateo 21,31. Estas palabras parecen confirmar la estrecha relación que existía entre estos dos colectivos de «recaudadores» y «prostitutas». La acogida de Jesús tenía que resultar escandalosa.

¹⁸ Esta es la conclusión de Neusner.

lo vivían y qué consecuencias prácticas tenía para la convivencia diaria. Tal vez lo más grave era su conciencia de inferioridad y la sensación de alejamiento del Dios santo que habita en el templo¹⁹.

Jesús no pone ningún empeño en criticar el «código de pureza». En ningún momento se enreda en cuestiones de sexo y pureza ritual. No es lo suyo. Sencillamente, desde su experiencia del reino de Dios comienza a actuar con libertad total. No mira a la mujer como fuente de tentación ni de posible contaminación. Se acerca a ellas sin recelo y las trata abiertamente, sin dejarse condicionar por prejuicio alguno. A las mujeres les tenía que resultar atractivo acercarse a él. Para más de una significaba liberarse, al menos momentáneamente, de la vida de marginación y trabajo que llevaban en sus casas. Algunas se aventuraban incluso a seguirle por los caminos de Galilea. Tenían que ser, probablemente, mujeres solas y desgraciadas que vieron en el movimiento de Jesús una alternativa de vida más digna²⁰.

Rompiendo esquemas

Sin duda ven en él una actitud diferente. Nunca escuchan de sus labios expresiones despectivas, tan frecuentes más tarde en los rabinos. Nunca le oyen exhortación alguna a vivir sometidas a sus esposos ni al sistema patriarcal. No hay en Jesús animosidad ni precaución alguna frente a ellas. Solo respeto, compasión y una simpatía desconocida.

Tal vez lo más sorprendente es ver de qué manera tan sencilla y natural va redefiniendo, desde su experiencia de Dios, el significado de la mujer, echando abajo los estereotipos vigentes en aquella sociedad. No acepta, por ejemplo, que la mujer sea considerada ligeramente como fuente de tentación y ocasión de pecado para el hombre. En contra de la tendencia general, nunca previene a los varones de las artes seductoras de las mujeres, sino que los alerta frente a su propia lujuria: «Todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón»²¹. En una

¹⁹ Sanders piensa que, en general, los exegetas han exagerado las repercusiones de la «impureza ritual». Es probable que tenga razón.

²⁰ Así piensan investigadores como Freyne, Corley o Witherington III.

²¹ Mateo 5,28-29.

sociedad donde la lujuria del varón no era considerada tan grave como la seducción de la mujer, Jesús pone el acento en la responsabilidad de los hombres. No han de justificarse culpabilizando a las mujeres de su mal comportamiento.

Jesús corrige también la valoración que se hace de la mujer atribuyéndole como cometido supremo el tener hijos. La escena conservada por la tradición tiene un fuerte colorido mediterráneo²². En cierta ocasión, una mujer de pueblo alaba a Jesús ensalzando a su madre por lo único realmente importante para una mujer en aquella cultura: un vientre fecundo y unos pechos capaces de amamantar a los hijos. «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!». Jesús ve las cosas de otra manera. Tener hijos no es todo en la vida. Por muy importante que sea para una mujer la maternidad, hay algo más decisivo y primordial: «Dichosas más bien las que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen». La grandeza y dignidad de la mujer, lo mismo que la del varón, arranca de su capacidad para escuchar el mensaje del reino de Dios y entrar en él.

En otra ocasión se nos dice que Jesús corrige, en casa de sus amigas Marta y María, aquella visión generalizada de que la mujer se ha de dedicar exclusivamente a las tareas del hogar. Marta se afana por acoger con todo esmero a Jesús, mientras su hermana María, sentada a sus pies, escucha su palabra. Cuando Marta reclama la ayuda de María para realizar sus tareas, Jesús le contesta así: «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada»²³. La mujer no ha de quedar reducida al servicio de las faenas del hogar. Hay algo mejor y más decisivo a lo que tiene derecho tanto como el hombre, y es la escucha de la Palabra de Dios.

Jesús reacciona también con audacia frente al doble criterio de moralidad que se usa para enjuiciar de manera desigual al varón y a la mujer.

²² Lucas 11,27-28; *Evangelio [apócrifo] de Tomas* 79,1-3. Nunca es fácil asegurar con certeza la historicidad de episodios de estas características. Ciertamente, la respuesta de Jesús repite de alguna manera una convicción muy suya: su verdadera familia la componen quienes cumplen la voluntad de Dios (Marcos 3,35).

²³ Lucas 10,38-42. Por lo general, la exégesis actual considera que la escena ha sido creada por Lucas. Ciertamente, las palabras de Jesús no tienen el estilo de sus sentencias, pero el contenido responde a su actitud ante la mujer.

La escena es cautivadora ²⁴. Traen ante Jesús a una mujer sorprendida mientras estaba teniendo relaciones sexuales con un hombre. No se dice nada del varón. Es lo que ocurría casi siempre en aquella sociedad machista. Se humilla y se condena a la mujer, porque ha deshonrado a su familia. Mientras tanto, nadie habla del varón, aunque, paradójicamente, es a él a quien la Torá exigía no poseer ni desear a una mujer que ya pertenece a otro ²⁵. Al dar la ley, se piensa en los varones como los verdaderos responsables de la sociedad; luego, al reprimir el delito, se castiga con dureza a las mujeres. Jesús no soporta esta hipocresía social construida por los varones. No es verdad que la mujer sea más culpable que el varón: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra» ²⁶. Empezando por los más viejos, los acusadores se van retirando uno a uno, avergonzados por el desafío de Jesús. Saben que ellos son los más responsables de los adulterios que se cometen en aquellos pueblos.

La conclusión es conmovedora. La mujer no se ha movido. Sigue allí, en medio, humillada y avergonzada. Jesús se queda a solas con ella. Ahora la puede mirar con ternura y expresarle todo su respeto y cariño: «Mujer..., ¿nadie te ha condenado?». La mujer, que acaba de escapar de la muerte, le responde atemorizada: «Nadie, Señor». Las palabras de Jesús son inolvidables. Nunca las podrán escuchar los varones adúlteros que se han retirado irritados. Solo aquella mujer abatida: «Tampoco yo te condeno. Vete y, en adelante, no peques más». Aquella mujer no necesita más condenas. Jesús confía en ella, quiere para ella lo mejor y la anima a no pecar. Pero de sus labios no brota ninguna condena.

²⁴ Juan 8,1-8. Este conmovedor episodio, integrado hoy en el evangelio de Juan, es probablemente un fragmento de un evangelio perdido o un relato suelto que circuló por la comunidad cristiana. La escena tiene, sin duda, mucho de artificial, pero los investigadores piensan que, en alguna ocasión, Jesús actuó defendiendo a una mujer adúltera con esa manera tan suya de acoger a los pecadores más despreciados y mostrarles la compasión de Dios (incluso en el grupo del *Jesus Seminar*).

²⁵ Éxodo 20,14-17. Al varón le está prohibido tener relaciones sexuales con la esposa o prometida de otro. El adulterio equivale a un robo. El pecado no consiste en ofender a la propia esposa, sino en poseer a una mujer que pertenece a otro hombre. El verdadero culpable es el varón adúltero; la mujer no es sino víctima o, todo lo más, cómplice.

²⁶ Al parecer, eran los testigos quienes, de ordinario, iniciaban la lapidación. La sugerencia de Jesús es un reto.

Una mirada diferente

Ciertamente, Jesús las mira de manera diferente, y las mujeres lo captan. Las adivina enseguida entre sus oyentes, cubiertas por su velo, y las tiene en cuenta al comunicar su mensaje. También ellas tienen que escuchar la Buena Noticia de Dios y comunicarla a otras mujeres que no se han atrevido a salir de su casa²⁷. Al hablar a las gentes de la solicitud de Dios por sus criaturas, Jesús les hace mirar las aves del cielo, que «no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre del cielo las alimenta». Los hombres que salían diariamente a trabajar el campo le entienden muy bien. Pero a continuación les hace observar los lirios del campo, que «no se fatigan ni hilan..., pero ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos»²⁸. Las mujeres, que se pasaban horas hilando y tejiendo la ropa de la familia en los patios de sus casas, le entienden a la perfección.

Con una sensibilidad nada habitual en una sociedad patriarcal, Jesús tiene la costumbre de hablar explícitamente de las mujeres haciéndolas «visibles» y poniendo de relieve su actuación. Narra la parábola del «amigo impertinente» que, con su insistencia, logra ser escuchado por su vecino, pero al mismo tiempo cuenta la de la «viuda importuna» que reclama tenazmente sus derechos hasta conseguir que el juez le haga justicia²⁹. Jesús no se encierra en un lenguaje androcéntrico que todo lo considera desde la perspectiva del varón. Se pone en el lugar de las mujeres y les hace protagonistas de sus parábolas.

Narra la parábola del «sembrador» que sale a sembrar su semilla, pero cuenta también la de la «mujer que introduce levadura» en la masa de harina³⁰. Las mujeres se lo agradecen. Por fin alguien se acuerda de su trabajo. Jesús no habla solo de la siembra, trabajo de suma importancia entre aquellos campesinos. Piensa también en ese otro indispensable que ellas hacen antes del amanecer, para que todos puedan comer pan. Qué cercano sienten a Jesús y cómo les ayuda a acoger su mensaje. Dios está

²⁷ Probablemente fueron mujeres las que divulgaron el mensaje de Jesús entre las mujeres que se movían en el ámbito de la casa familiar (Witherington III).

²⁸ Fuente Q (Lucas 12,24-28 // Mateo 6,26-29); *Evangelio [apócrifo] de Tomás* 36. Nadie duda de su autenticidad. El lenguaje y las imágenes son típicas de Jesús.

²⁹ Lucas 11,5-8 y 18,1-8.

³⁰ Marcos 4,3-8 y fuente Q (Lucas 13,20 // Mateo 13,33).

haciendo algo parecido a lo que ellas hacen al elaborar el pan: introducir en el mundo una fuerza transformadora.

Una parábola sorprendió, tal vez, de manera especial. Jesús quería que todos compartieran una convicción suya muy querida: Dios siente a los que viven perdidos como algo tan suyo que no descansa hasta recuperarlos. Habla de un padre conmovedor que sale del pueblo a abrazar a su hijo perdido; habla también de un pastor que no para hasta encontrar su oveja perdida; pero también habla de una mujer angustiada que barre con cuidado toda su casa hasta encontrar la monedita de plata que se le ha perdido³¹. Este lenguaje rompe todos los esquemas tradicionales, que tendían a imaginar a Dios bajo figura de varón. Un padre que acoge a su hijo o un pastor que busca su oveja son metáforas dignas para pensar en Dios. Pero, ¿cómo se le puede ocurrir a Jesús hablar de esta pobre mujer? Ya se sabe, las mujeres son así: pierden cosas, luego lo revuelven todo, barren la casa... Para Jesús, esa mujer barriendo su casa es una metáfora digna del amor de Dios por los perdidos³².

No es solo en sus parábolas. Jesús aprovecha cualquier situación para presentar a las mujeres como modelo de fe, generosidad o entrega desinteresada. Una pobre viuda, una enferma crónica o una madre pagana desesperada pueden ser un ejemplo a seguir por todos. Marcos nos habla de una escena conmovedora³³. Una pobre viuda se acerca calladamente a uno de los trece cepillos colocados en el recinto del templo, no lejos del patio de las mujeres. Muchos ricos están depositando cantidades importantes. Casi avergonzada, ella echa sus dos moneditas de cobre, las más pequeñas que circulan en Jerusalén. Su gesto no ha sido observado por nadie. Pero frente a los cepillos está Jesús viéndolo todo. Conmovido, llama a sus discípulos. Quiere enseñarles algo que solo se puede aprender de la gente pobre: dar algo más que las sobras. «Esta viuda pobre ha

³¹ Lucas 15,4-6; 15,11-32; 15,8-9.

³² Según algunos, habría sido Lucas quien ha subrayado esta atención explícita a la mujer pensando en su interés para la catequesis de la comunidad cristiana (Parrey, Corley, Elisabeth Meier). Sin embargo, no hay motivos serios para no atribuirle esta sensibilidad al mismo Jesús (Jeremías, Witherington III, Theissen/Merz).

³³ Marcos 12,41-44. Anécdotas de este estilo se encuentran también en la literatura rabínica y en antiguos escritos griegos para mostrar que Dios sabe apreciar la generosidad de los pobres. No hay razón para negar de raíz su historicidad. En el episodio no hay nada que desentone del estilo de Jesús.

echado más que nadie... pues ha echado todo lo que tenía para vivir». La entrega callada y completa de esta mujer es para Jesús un ejemplo preclaro de generosidad y renuncia a todos los bienes, que es lo primero que pide a quien quiera ser discípulo suyo³⁴.

Según otro relato³⁵, una mujer enferma se acerca tímidamente a Jesús con la esperanza de quedar curada de su mal al tocar su manto. No conocemos ni su nombre ni su vida. Probablemente siempre ha sido así: tímida y callada. La enfermedad que padece la ha hecho todavía más retraída. Lleva muchos años sufriendo pérdidas, en un estado de impureza ritual que la obliga a apartarse. Solo busca una vida más digna. Su deseo de ser como todos es tan grande que se ha gastado en médicos todo lo que tenía. Ahora, arruinada, sola y sin futuro, toca con fe el manto de Jesús y se siente curada. Jesús desea saber quién le ha tocado. No siente temor a que una mujer impura le haya contaminado. Lo que desea es que esta mujer no marche avergonzada: ha de vivir con dignidad. Lo que ha hecho no es algo indecoroso, sino una prueba de su fe. Cuando ella, «atemorizada y temblorosa» lo confiesa todo, Jesús, con afecto y cariño grandes, la despide así: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad». La actuación de esta mujer es un ejemplo de esa fe que echa en falta entre sus seguidores más cercanos³⁶.

Más sorprendente es todavía el caso de una mujer desconocida de la región pagana de Tiro³⁷. Su hija no solo está enferma y desquiciada, sino que vive poseída por un espíritu inmundo. Angustiada, se acerca a Jesús,

³⁴ Si todo el sustento de esa mujer consiste en esas dos moneditas, «una cuarta parte del as», hay que pensar que vive de la mendicidad. El texto dice literalmente que «entregó su vida» (*bios*). No posee nada más. Solo su corazón grande y su confianza total en Dios.

³⁵ Marcos 5,24-34. No es posible emitir un juicio firme sobre la historicidad de este episodio (Meier, Sanders). Por lo general se considera como núcleo histórico la curación de una mujer que sufría pérdidas de sangre. El resto del relato se puede deber en su conjunto a la imaginación del narrador.

³⁶ El relato no menciona explícitamente la condición de impureza ritual en que se encuentra la mujer, pero está sin duda en el trasfondo de todo el episodio.

³⁷ Marcos 7,24-30. El relato puede provenir de un sustrato anterior a Marcos. Algunos lo consideran una invención de la comunidad cristiana para justificar la predicación a los gentiles (Meier). Sin embargo, por lo general se acepta su historicidad. Difícilmente se habría inventado entre los cristianos un episodio en el que Jesús aparece empleando un lenguaje insultante hacia los paganos.

se echa a sus pies y le ruega una y otra vez que libere a su hija de aquel demonio. Es fácil intuir en su petición el sufrimiento y la angustia que se vive en aquel hogar. Sin embargo, Jesús le contesta con una frialdad inesperada. Se siente enviado a las ovejas perdidas de Israel; no se puede dedicar ahora a los paganos. «Espera primero que se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos». Los perritos no son parte de la familia, no se sientan a la mesa con los hijos de casa, sino que están bajo la mesa³⁸. La mujer no se ofende; lo que pide no es injusto; no está buscando nada para sí misma. Lo único que desea es ver a su hija liberada de tanto tormento. Retomando la imagen empleada por Jesús, le replica de manera inteligente y confiada: «Sí, Señor; pero también los perritos comen bajo la mesa migajas de los niños». Su hija se contentaría con las migajas y desperdicios caídos de la mesa. De pronto Jesús ha comprendido todo: la voluntad de esta mujer coincide con la de Dios, que no quiere ver sufrir a nadie. Conmovido y admirado por su confianza, le dice así: «Mujer, grande es tu fe; que suceda como tú quieres»³⁹. La fe grande de esta mujer es un ejemplo para los discípulos de «fe pequeña». Pero lo sorprendente es que el mismo Jesús se deja enseñar y convencer por ella. La mujer tiene razón: el sufrimiento humano no conoce fronteras, pues está presente en todos los pueblos y religiones. Aunque su misión se limite a Israel, la compasión de Dios ha de ser experimentada por todos sus hijos e hijas. En contra de todo lo imaginable, según el relato, esta mujer pagana ha ayudado a Jesús a comprender mejor su misión⁴⁰.

Un espacio sin dominación masculina

Su experiencia de Dios Padre, defensor de los últimos, y su fe en la llegada de su reinado llevan a Jesús a comportarse de tal manera que su actuación pone en crisis costumbres, tradiciones y prácticas que oprimían

³⁸ Jesús emplea el lenguaje habitual de los judíos al referirse a los paganos como «perritos». El uso del diminutivo no mitiga mucho el carácter ofensivo de la expresión.

³⁹ Esta es la respuesta de Jesús según Mateo 15,28.

⁴⁰ Esta es la única ocasión en que Jesús renuncia a su posición y acepta la de su interlocutor (Patterson). Jesús se deja convencer por una mujer pagana (!).

a la mujer⁴¹. Jesús no puede suprimir el carácter abrumadoramente patriarcal de aquella sociedad. Es sencillamente imposible. Sin embargo, introduce unas bases nuevas y una actitud capaces de «despatriarcalizar» la sociedad: nadie puede en nombre de Dios defender o justificar la prepotencia de los varones, ni el sometimiento de las mujeres a su poder patriarcal. Jesús lo subvierte todo al promover unas relaciones fundadas en que todas las personas, mujeres y varones, son creadas y amadas por Dios: él las acoge en su reino como hijos e hijas de igual dignidad⁴². Jesús ve a todos como personas igualmente responsables ante Dios. Nunca le habla a nadie a partir de su función de varón o de mujer. No es posible encontrar en él exhortaciones para concretar los deberes de los varones por una parte y los deberes de las mujeres por otra, como es corriente entre rabinos judíos y como ocurrirá también en las primeras comunidades cristianas, cuando se reglamenten los deberes domésticos del varón, y especialmente de la mujer. Jesús llama a todos, mujeres y varones, a vivir como hijos e hijas del Padre, sin proponer una especie de «segunda moral» más específica y exclusiva para mujeres y para varones⁴³.

Probablemente, lo que más hace sufrir a las mujeres no es vivir al servicio de su esposo y de sus hijos, sino saber que, en cualquier momento, su esposo las puede repudiar abandonándolas a su suerte. Este derecho del varón se basa nada menos que en la ley: «Si resulta que la mujer no halla gracia a sus ojos, porque descubre en ella algo que no le agrada, le redactará un acta de repudio, se lo pondrá en la mano y la echará de casa»⁴⁴. Ya antes de nacer Jesús, los expertos de la ley discutían vivamente sobre el modo de interpretar estas palabras. Según los seguidores de Shammai, solo se podía repudiar a la esposa en caso de adulterio; según la escuela de Hillel, bastaba con encontrar en la esposa «algo desagradable», por ejemplo que se le había quemado la comida. Al parecer, en

⁴¹ Por supuesto, es anacrónico presentar a Jesús como un precursor del feminismo moderno, comprometido en una lucha por lograr la igualdad de derechos de la mujer y el varón.

⁴² Esta actitud liberadora de Jesús se produce en un momento en el que es posible constatar tanto en ámbitos helenistas como en la sociedad judía un movimiento de emancipación de la mujer y una tensión creciente con el sistema patriarcal rígido (Schüssler Fiorenza).

⁴³ Es impensable encontrar en Jesús un tratado como el *Nashim*, que, dentro de la Misná, regula todo lo referente a las mujeres, ni tampoco las exhortaciones sobre los deberes domésticos del varón y de la mujer que se hacen en las primeras comunidades cristianas (Colosenses 3,18-4,1; Efesios 5,22-6,9; 1 Pedro 3,1-7).

⁴⁴ Deuteronomio 24,1.

tiempos de Jesús era esta tendencia la que se iba imponiendo. Más tarde, Rabí Aqiba daría un paso más: para repudiar a la esposa basta que al marido le guste más otra mujer. Mientras los doctos varones discutían, las mujeres no podían alzar su voz para defender sus derechos.

En algún momento, el planteamiento llegó hasta Jesús: «¿Puede el marido repudiar a la mujer?». La pregunta es totalmente machista, pues la mujer no tenía posibilidad alguna de repudiar a su esposo. Jesús sorprende a todos con su respuesta. Las mujeres que lo escuchan no se lo pueden creer. Según él, si el repudio está en la ley, es por la «dureza de corazón» de los varones y su actitud machista, pero el proyecto original de Dios no fue un matrimonio patriarcal. Dios ha creado al varón y a la mujer para que sean «una sola carne», como personas llamadas a compartir su amor, su intimidad y su vida entera en comunión total. Por eso, «lo que Dios ha unido, que no lo separe el varón»⁴⁵. Una vez más, Jesús toma posición a favor de las víctimas, poniendo fin al privilegio de los varones para repudiar a las esposas a su antojo y exigiendo para las mujeres una vida más segura, digna y estable. Dios no quiere estructuras que generen superioridad del varón y sumisión de la mujer. En el reino de Dios tendrán que desaparecer⁴⁶.

Esto es precisamente lo que Jesús promueve dentro de esa «nueva familia» que está formando con sus seguidores al servicio del reino de Dios. Una familia no patriarcal donde todos son hermanos y hermanas. Una comunidad sin dominación masculina y sin jerarquías establecidas por el varón. Un movimiento de seguidores donde no hay «padre». Solo el del cielo.

No sabemos dónde ni cuándo fue. Las fuentes cristianas han conservado un episodio significativo en la vida de Jesús. Después de romper con su familia, Jesús se encuentra rodeado de un grupo de seguidores sentados en corro a su alrededor, formando con él un grupo bien definido: mujeres y hombres sentados, sin ninguna superioridad de unos

⁴⁵ La posición de Jesús contra el repudio de la mujer por parte del varón está recogida en tres fuentes independientes: Marcos 10,2-11; fuente Q (Lucas 16,18 // Mateo 5,32) y Pablo (1 Corintios 7,10-11). Por otra parte, el aforismo es del estilo de Jesús: «Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre». Todo ello hace pensar en la autenticidad sustancial del dicho, que más tarde fue adaptado a contextos y situaciones diferentes.

⁴⁶ Jesús no se pronuncia propiamente sobre el divorcio tal como se plantea en la actualidad, sino sobre el privilegio exclusivo de los varones de repudiar a sus mujeres.

sobre otros, sin nadie que eleve su autoridad sobre los demás, todos escuchando su palabra y buscando juntos la voluntad de Dios. De pronto avisan a Jesús de que han llegado su madre y sus hermanos con la intención de llevárselo, pues piensan que está loco. Se quedan «fuera», tal vez para no mezclarse con ese grupo extraño que rodea a su pariente. Mirando en torno suyo, como era tal vez su costumbre, y contemplando a quienes considera ya su nueva familia, Jesús reacciona así: «Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre»⁴⁷. En esta nueva familia de sus seguidores no hay padres. Solo el del cielo. Nadie ha de ocupar su lugar. En el reino de Dios no es posible reproducir las relaciones patriarcales. Todos han de sentarse en corro en torno a Jesús, renunciando al poder y dominio sobre los demás para vivir al servicio de los más débiles e indefensos.

Lo mismo repite Jesús en otra ocasión. Los discípulos han dejado su casa, han dejado también hermanos y hermanas, padres, madres e hijos, han abandonado las tierras, que eran su fuente de subsistencia, trabajo y seguridad. Se han quedado sin nadie y sin nada. ¿Qué recibirán? Esta es la preocupación de Pedro y esta la respuesta de Jesús: «Nadie quedará sin recibir el ciento por uno: ahora, en el presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos... y en el mundo futuro, vida eterna»⁴⁸. Los seguidores de Jesús encontrarán un nuevo hogar y una nueva familia. ¡Cien hermanos y hermanas, cien madres! Pero no encontrarán «padres». Nadie ejercerá sobre ellos una autoridad dominante. Ha de desaparecer el «padre», entendido de manera patriarcal: varón dominador, amo que se impone desde arriba, señor que mantiene sometidos a la mujer y a los hijos. En la nueva familia de Jesús todos comparten vida y amor fraterno. Los varones pierden poder, las mujeres ganan dignidad. Para acoger el reino del Padre hay que ir creando un espacio de vida fraterna, sin dominación masculina.

⁴⁷ Marcos 3,20-21.31-35 y el *Evangelio [apócrifo] de Tomás* 99,1-3. El episodio ha sido retocado en la comunidad cristiana, pero conserva sustancialmente su núcleo histórico. Después de Pascua, ningún cristiano se hubiera atrevido a «inventar» que Jesús había sido tenido por loco por su propia madre.

⁴⁸ Marcos 10,28-30. Muchos exegetas se resisten a aceptar la autenticidad de este pasaje, pues responde a las preocupaciones de los primeros cristianos. Sin embargo, las palabras pueden ser atribuidas a Jesús si se suprimen algunas añadiduras posteriores («por mí y por el evangelio», «con persecuciones»).

Otra fuente cristiana nos ha transmitido también unas palabras en las que Jesús ofrece una justificación de esta «ausencia de padre» en su movimiento. Es un texto fuertemente anti-jerárquico donde pide a sus seguidores que no se conviertan en un grupo dirigido por sabios «rabinos», «padres» autoritarios o «dirigentes» elevados sobre los demás: «Vosotros no os dejéis llamar *rabí*, porque uno solo es vuestro Maestro, y vosotros sois hermanos. Ni llaméis a nadie “padre” vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar “directores”, porque uno solo es vuestro “Director”: el Cristo»⁴⁹. Nadie puede llamarse ni ser «padre» en la comunidad de Jesús. Solo Dios. Jesús lo llama «Padre» no para legitimar estructuras patriarcales de poder en la tierra, sino precisamente para impedir que, entre los suyos, alguien pretenda reivindicar la «autoridad del padre», reservada exclusivamente a Dios⁵⁰.

Cuando el poder patriarcal desaparece, hacen su aparición los niños. Ellos son, junto a las mujeres, los más débiles y pequeños de la familia, los menos poderosos y los más necesitados de amor. Según Jesús, ellos han de ocupar el centro en el reino de Dios. En la sociedad judía, los niños eran signo de la bendición de Dios, pero solo eran importantes cuando alcanzaban la edad para cumplir la ley y tomar parte en el mundo de los adultos. Las niñas no son importantes nunca, mientras no tengan hijos, a ser posible varones.

Jesús va a sugerir a sus discípulos un mundo nuevo y diferente. Según un relato recogido en Marcos⁵¹, los discípulos varones andan discutiendo sobre el reparto de poderes y autoridad. Jesús va a hacer un gesto llamativo para que se les grabe bien cómo entiende él su comuni-

⁴⁹ Mateo 23,8-11. En su conjunto, este texto está elaborado por Mateo como advertencia crítica a la jerarquía que empieza a emerger en las primeras comunidades cristianas. Sin embargo, no pocos estudiosos lo consideran el eco de algo que dijo Jesús en coherencia con otros textos auténticos.

⁵⁰ Por otra parte, la imagen de Dios Padre que ofrece Jesús tiene rasgos entrañables y maternales. Es un Dios compasivo que lleva a sus hijos e hijas en sus entrañas, cuida de los seres más frágiles de la creación, da cosas buenas a sus hijos, abraza y besa efusivamente a sus hijos perdidos al recuperarlos vivos... (Lucas 11,11-13; 12,29-32; 15,11-32).

⁵¹ Marcos 9,33-37. La llamada de Jesús a acoger a los niños tuvo, al parecer, gran importancia, pues dio lugar a toda una serie de dichos que se encuentran en la fuente Q y en Juan bajo formas diferentes. En su origen hay, con toda probabilidad, un gesto y un dicho de Jesús, que han quedado oscurecidos por la redacción de Marcos y la tradición posterior.

dad de seguidores: lo importante no es ser el primero o el mayor, sino vivir como el último sirviendo a todos: «Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos». Jesús toma luego a un niño y lo pone en medio del grupo en señal de autoridad. Lo estrecha entre sus brazos con cariño, como si quisiera regalarle su propia autoridad. Los discípulos no saben qué pensar de todo aquello. Jesús lo explica en pocas palabras: «El que reciba a un niño como este en mi nombre, me está recibiendo a mí; y el que me reciba a mí no me estará recibiendo a mí, sino a aquel que me ha enviado». En el movimiento de Jesús son los niños los que, en su pequeñez, tienen autoridad. Son los más importantes y han de ocupar el centro, porque son los más necesitados de cuidado y de amor. Los demás, los grandes y poderosos, empiezan a ser importantes cuando se ponen a servir a los pequeños y débiles.

El pensamiento de Jesús aparece con más claridad todavía en otra escena⁵². Le presentan a Jesús unos niños y niñas: si es un hombre de Dios, les contagiara algo de su fuerza y su espíritu⁵³. Los discípulos, que quieren mandar e imponer su autoridad, tratan de impedir que se acerquen a Jesús. Su reacción es inmediata. Enfadado, rechaza la actuación de sus discípulos: «Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como estos es el reino de Dios. Yo os aseguro que el que no reciba el reino de Dios como niño, no entrará en él». A continuación repite un gesto muy suyo. Abraza a los niños y niñas con cariño, comunicándoles su vida y recibiendo de ellos su ternura y alegría. Luego impone sobre ellos sus manos para que crezcan y vivan sanos: los bendice como el Creador bendecía todo al comienzo de la vida. El movimiento de Jesús, que prepara y anticipa el reino de Dios, no ha de ser un grupo dirigido por hombres fuertes que se imponen a los demás desde arriba. Ha de ser más bien una comunidad «de niños» que no se imponen a nadie, que entran en el reino solo porque necesitan cuidado y amor. Una comunidad donde hay mujeres y hombres que, al estilo de Jesús, saben abrazar, bendecir y cuidar a los más débiles y pequeños. En el reino de Dios, la vida se difunde no desde

⁵² Marcos 10,13-16. Según la mayoría de los críticos, el relato está basado en un incidente real en la vida de Jesús. Refleja su actitud inconfundible hacia los marginados, excluidos e indefensos. La afirmación de que el reino de Dios pertenece a los niños está en línea con su convicción de que el reino de Dios pertenece a los pobres.

⁵³ Pueden ser niños de la calle. No son sus madres quienes los presentan a Jesús.

la imposición de los grandes, sino desde la acogida a los pequeños. Donde estos se convierten en el centro de la vida, ahí está llegando el reino de Dios. Esta fue, probablemente, una de las grandes intuiciones de Jesús.

Discípulas de Jesús

Las mujeres siguieron a Jesús desde Galilea hasta Jerusalén, y no le abandonaron ni en el momento de su ejecución. Escuchaban su mensaje, aprendían de él y le seguían de cerca, lo mismo que los discípulos varones. El hecho es incontestable⁵⁴ y, al mismo tiempo, sorprendente, pues, en los años treinta y todavía más tarde, a las mujeres no les estaba permitido estudiar la ley con un *rabí*. No solo eso. Viajar por el campo siguiendo a un varón y dormir en descampado junto a un grupo de hombres era probablemente un escándalo. En Galilea no se había conocido algo parecido. El espectáculo de un grupo de mujeres, en algunos casos sin compañía de sus maridos, algunas de ellas antiguas endemoniadas, siguiendo a un varón célibe que las acepta en su entorno junto a sus discípulos varones no podía sino despertar recelo. ¿Quiénes eran estas mujeres? ¿Qué hacían entre aquellos hombres? ¿Se dedicaban a servirles realizando tareas propias de mujeres como cocinar, preparar la mesa, servir los alimentos, traer agua, limpiarles los pies? ¿Eran discípulas de Jesús en el mismo plano y con los mismos derechos que los discípulos varones?⁵⁵

Las mujeres formaron parte del grupo que seguía a Jesús desde el principio. Probablemente algunas lo hicieron acompañando a sus esposos⁵⁶. Otras eran mujeres solas, sin compañía de ningún varón. Nunca se

⁵⁴ El hecho está atestiguado en todas las fuentes cristianas, aunque algunos evangelistas como Lucas atenúan su presencia.

⁵⁵ Tradicionalmente se ha considerado que estas mujeres iban con Jesús para realizar un servicio propio de mujeres. A partir del estudio de Winsome Munro (1982), la mayoría de los investigadores las consideran verdaderas discípulas (Schüssler Fiorenza, Witherington III, Moltmann-Wendel, Crossan, Meier, Kathleen E. Corley, Elisabeth Meier...).

⁵⁶ El evangelio de Marcos, el más antiguo, nunca dice que los discípulos abandonaron a sus esposas. Dejan la familia extensa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos, pero no esposas (Marcos 10,29). Solo Lucas, más tardíamente, movido por su tendencia radical, añade el abandono de las esposas (Lucas 14,26; 18,19). Tampoco en la fuente Q (Lucas 12,51-53 // Mateo 10,34-37) se habla de enfrentamiento con la esposa.

dice que Jesús las llamara individualmente, como, al parecer, lo hizo con algunos de los Doce, no con todos. Probablemente se acercaron ellas mismas, atraídas por su persona, pero nunca se hubieran atrevido a seguir con él si Jesús no las hubiera invitado a quedarse. En ningún momento las excluye o aparta en razón de su sexo o por motivos de impureza. Son «hermanas» que pertenecen a la nueva familia que va creando Jesús, y son tenidas en cuenta lo mismo que los «hermanos»⁵⁷. El profeta del reino solo admite un discipulado de iguales.

Conocemos el nombre de algunas. No son las únicas ni mucho menos⁵⁸. María de Magdala ocupa un lugar preeminente, pues viene citada casi siempre en primer lugar, como Pedro entre los varones. Hay un grupo de tres mujeres que, al parecer, son las más cercanas a Jesús: María de Magdala, María, la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé, lo mismo que entre los varones hay tres que gozan de una amistad especial: Pedro, Santiago y Juan. Conocemos también el nombre de otras mujeres muy queridas por Jesús, como las hermanas Marta y María, que lo acogían en su casa de Betania siempre que subía a Jerusalén, y le escuchaban con verdadero placer, aunque, al parecer, no le acompañaron en sus correrías⁵⁹.

Estas mujeres que siguieron a Jesús hasta Jerusalén tuvieron una presencia muy significativa durante los últimos días de su vida. Cada vez hay menos dudas de que tomaron parte en la última cena. ¿Por qué iban a estar ausentes de esa cena de despedida ellas que, de ordinario, comían con Jesús?, ¿quién iba a preparar y servir debidamente el banquete sin la ayuda de las mujeres? Su exclusión es todavía más absurda si se trató de una cena pascual, uno de los banquetes a los que asistían las mujeres. ¿Dónde habrían podido comer la Pascua ellas solas en la ciudad de Jerusalén?⁶⁰ En esa casa de la última cena se reunieron siempre los discí-

⁵⁷ Marcos abandona por un momento el lenguaje sexista y tiene en cuenta explícitamente a la mujer: «Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (3,35).

⁵⁸ Marcos nos informa de que, además de las mujeres citadas, había «otras muchas que habían subido con él a Jerusalén» (15,41).

⁵⁹ Betania era una pequeña aldea en las afueras de Jerusalén. Distaba unos tres kilómetros del templo.

⁶⁰ El evangelio de Juan no menciona a los Doce. Jesús celebra la última cena con «los suyos» (13,1). En la comunidad cristiana, las mujeres fueron aceptadas desde el comienzo en la «fracción del pan» o cena del Señor (Hechos de los Apóstoles 2,46).

pulos esos días, incluso después de la crucifixión de Jesús, pero no solo los Doce, sino «en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos»⁶¹.

La reacción de los discípulos y las discípulas ante la ejecución de Jesús fue diferente. Mientras los varones huyen, las mujeres permanecen fieles y, a pesar de que los romanos no permiten ninguna interferencia en su criminal trabajo, asisten «desde lejos» a su crucifixión y observan más tarde el lugar de su enterramiento⁶². Pero, sin duda, lo más llamativo es su protagonismo en el origen de la fe pascual. El anuncio primero de la resurrección de Jesús está ligado a las mujeres⁶³. ¿Fueron ellas las primeras en experimentar a Jesús resucitado? No es fácil decir algo con seguridad. Probablemente María de Magdala tuvo un protagonismo grande. En la comunidad cristiana circularon dos tradiciones: la que atribuye a María de Magdala la primera experiencia y la que da primacía a Pedro⁶⁴. No es posible afirmar más con certeza. Si María ocupa el primer lugar en el grupo de mujeres, y Pedro en el de varones, se debe probablemente a que a ambos se les atribuía un papel importante en el origen de la fe en Jesús resucitado.

La presencia de las mujeres en el grupo de discípulos no es secundaria o marginal. Al contrario. En muchos aspectos, ellas son modelo del verdadero discipulado. Las mujeres no discuten, como los varones, sobre quién tendrá más poder en el reino de Dios. Están acostumbradas a ocupar siempre el último lugar. Lo suyo es «servir»⁶⁵. De hecho, eran seguramente las que más se ocupaban de «servir a la mesa» y de otras tareas semejantes, pero no hemos de ver en su servicio un quehacer que les corresponde a

⁶¹ Hechos de los Apóstoles 1,14; 2,1-4.

⁶² Dentro del relato de la ejecución de Jesús, la presencia de las mujeres es un hecho cuya historicidad parece firme (Marcos 15,40-41). Lucas, que en ocasiones tiende a minimizar el papel de las mujeres, señala que junto a ellas estaban también presentes «todos los conocidos» de Jesús (23,49). Esta última indicación no es en absoluto creíble.

⁶³ Esta es la conclusión más probable que se extrae del conjunto de las fuentes evangélicas (Marcos 16,1-8; Lucas 24,10-11.23-24; Juan 20,11-18), a pesar de que Pablo solo mencione a hombres como testigos de la resurrección de Jesús (1 Corintios 15,5-8). Todo induce a pensar que Marcos contiene una tradición más antigua que no se ha conseguido dejar de lado. Según Hechos de los Apóstoles 13,31, el Resucitado «se apareció a quienes habían subido con él de Galilea a Jerusalén y que ahora son testigos suyos ante el pueblo».

⁶⁴ Juan 20,19-29; Lucas 24,34; 1 Corintios 15,5.

⁶⁵ Según la tradición de Marcos, las mujeres «le seguían y le servían cuando estaba en Galilea» (15,41).

ellas, según una distribución lógica del trabajo dentro del grupo. Para Jesús, este servicio es modelo de lo que ha de ser la actuación de todo discípulo: «¿Quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve»⁶⁶. Tal vez, en alguna ocasión, el mismo Jesús se pone a servir uniéndose a las mujeres e indicando a todos la orientación que debe tener su vida de discípulos. Según las fuentes, la actuación de las mujeres fue modelo de discipulado para los varones por su entrega, su actitud de servicio y su fidelidad total a Jesús hasta el final, sin traicionarlo, negarlo ni abandonarlo.

Sin embargo, nunca se llama a estas mujeres «discípulas», por la sencilla razón de que no existía en arameo una palabra para nombrarlas así. Por eso tampoco los evangelios griegos hablan de discípulas. El fenómeno de unas mujeres integradas en el grupo de discípulos de Jesús era tan nuevo que todavía no existía un lenguaje adecuado para expresarlo⁶⁷. No se les llama discípulas, pero Jesús las ve y las trata como tales.

No pudo enviarlas, sin embargo, por los campos de Galilea a anunciar el reino de Dios por los lugares por donde él iba a pasar. Su palabra hubiera sido rechazada. A las mujeres no se les permitía siquiera leer la Palabra de Dios; no podían hablar en público. ¿Cómo iban a escuchar los varones su mensaje del reino de Dios? Si esto no era imaginable, ¿pudo enviarlas junto a los varones? Si realmente en algún momento Jesús envió discípulos «de dos en dos»⁶⁸, no se puede descartar que tal vez enviara también alguna pareja de esposos o de un varón y una mujer. Ciertamente, solo en compañía de varones podían las mujeres viajar con seguridad por Galilea. Lo que sí sabemos es que, en los primeros años de la misión cristiana, la mayoría de los apóstoles, los hermanos del Señor, y en concreto Cefas, viajaban llevando consigo una «esposa» o una «mujer creyente»⁶⁹. Es normal, por otra parte, que no encontremos el nombre

⁶⁶ Lucas 22,27. Según los exegetas, este dicho, transmitido por Lucas en el contexto de la última cena, recoge mejor lo expresado históricamente por Jesús que la versión de Marcos 10,45, que es una visión teológica cristiana sobre la muerte de Jesús como rescate.

⁶⁷ El nombre de «discípula» (*mathetría*) no aparecerá hasta el siglo II, en que se le aplica precisamente a María Magdalena (*Evangelio [apócrifo] de Pedro* 12,50).

⁶⁸ Se discute entre los investigadores si realmente Jesús envió, durante su actividad pública, a discípulos de dos en dos. Personalmente lo considero probable.

⁶⁹ Este es en concreto el testimonio de Pablo: «¿No tenemos derecho a llevar con nosotros una mujer creyente, como los demás apóstoles y los hermanos del Señor y Cefas?» (1 Corintios 9,5). Algunos sugieren que los «dos discípulos» de Emaús eran una pareja de esposos. Se nos da el nombre del varón, Cleofás, pero no el de la mujer, pues no era costumbre men-

de ninguna mujer entre los «Doce» discípulos elegidos por Jesús para sugerir la restauración de Israel. Este número simbólico apunta al pueblo judío, formado por doce tribus que, según la tradición, descendían de los doce hijos varones de Jacob.

Su mejor amiga

Jesús trató con afecto a mujeres muy cercanas a él, como Salomé o María, la madre de Santiago y José. Tuvo amigas muy queridas, como Marta y María, las hermanas de Lázaro⁷⁰. Pero su amiga más entrañable y querida es María, una mujer oriunda de Magdala. Ella ocupa un lugar especial en su corazón y en el grupo de discípulos. Nunca aparece, como otras mujeres, vinculada a un varón. Magdalena es de Jesús. A él le sigue fielmente hasta el final, liderando al resto de discípulas. Ella es seguramente la primera en encontrarse con Jesús resucitado, aunque Pablo no le dedique ni una sola palabra en su lista de testigos de la resurrección.

María había nacido en Magdala, la antigua Tariquea, una ciudad situada junto al lago de Genesaret, a unos cinco kilómetros al norte de Tiberíades, famosa por su industria de salazones y conservas de pescado. Jesús pasaba por Magdala cuando iba de Nazaret a Cafarnaún. De la vida de María no sabemos nada. Solo se nos da una breve referencia que, sin embargo, arroja no poca luz sobre su relación con Jesús. Era una mujer «poseída por espíritus malignos» y Jesús la curó «expulsando de ella siete demonios»⁷¹. Este hecho fue el comienzo de todo. Antes de conocer a Jesús, María vivía desquiciada por completo, desgarrada interiormente, sin identidad propia, víctima indefensa de fuerzas malignas que la destruían. No sabía lo que era vivir de manera sana.

cionarla. Tal vez se trata de «María, la mujer de Clopas», que aparece junto a la cruz en el evangelio de Juan (19,25). Varios autores sugieren que Jesús envió posiblemente parejas compuestas por hombre y mujer. Crossan reconoce, sin embargo, que no se pueden aportar argumentos decisivos.

⁷⁰ Según el evangelio de Juan, «Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro» (11,5).

⁷¹ Lucas 8,2. No hay motivos para cuestionar la historicidad de este hecho, aunque no falta quien ve en esta información de Lucas un intento de debilitar la importancia de las mujeres y, en concreto, de María de Magdala (Elisabeth Meier).

Encontrarse con Jesús es para ella comenzar a vivir. Por vez primera se encuentra con un hombre que la ama por sí misma, desde el amor y la ternura de Dios. En él descubre su centro. En adelante no sabrá vivir sin él. En Jesús halla todo lo que necesita para ser una mujer sana y viva. De otros se dice que lo dejaron todo para seguir a Jesús. María no tenía nada que dejar. Jesús es el único que la puede hacer vivir. Jamás un hombre se le había acercado así. Nadie la había mirado de esa manera. Había pasado muchos años en la oscuridad, privada de la bendición de Dios. Ahora lo siente más cercano que nunca gracias a la presencia curadora de Jesús.

Según una tradición cristiana, María es la primera en encontrarse con el resucitado y en comunicar su experiencia a los discípulos, que no le dan crédito alguno. Así lo resume una tradición de segunda mano que combina materiales provenientes de fuentes anteriores: Jesús resucitado «se apareció primero a María Magdalena, de la que había expulsado siete demonios. Ella fue a comunicar la noticia a los que habían vivido con él, que estaban tristes y llorosos. Ellos, al oír que vivía y que había sido visto por ella, no la creyeron»⁷². El evangelista Juan nos ha transmitido un cuidadoso relato sobre su encuentro con el resucitado⁷³. Para una mujer tan centrada en Jesús como María, su ejecución fue un trauma. Habían matado a quien era todo para ella. No podía dejar de amarlo; se aferraba a su persona; necesitaba agarrarse al menos a su cuerpo muerto. Tal vez un miedo se despertaba en su interior: sin Jesús podía caer de nuevo bajo la oscura opresión de las fuerzas del mal. Miraba el sepulcro vacío, pero era aún mayor el vacío que encontraba en su propio corazón. Nunca había sentido una soledad tan profunda. Cuando Jesús se presenta ante ella, María, cegada por el dolor y las lágrimas, no logra reconocerlo. Jesús la llama con la misma ternura que ponía en su voz cuando caminaban por Galilea: «*¡Miryam!*». María se vuelve rápida: «*¡Rabbuní!*», «*¡Maestro mío!*». Esta mujer que no podía vivir sin Jesús es la primera en descubrirlo lleno de vida⁷⁴. Comienza para María

⁷² Marcos 16,9-11. Este texto fue añadido al evangelio de Marcos después de su redacción.

⁷³ Juan 20,11-18. El relato puede derivarse del «Evangelio de los signos», una fuente utilizada probablemente por el redactor final del evangelio de Juan. La escena es creación del narrador, que trata de transmitirnos la intensidad emotiva del encuentro. Los investigadores solo se atreven a afirmar que María fue seguramente uno de los primeros testigos de la experiencia pascual.

⁷⁴ El narrador trata de transmitir al lector toda la intensidad e intimidad del encuentro utilizando el arameo, la lengua materna de Jesús y de María.

una vida nueva. Puede seguir de nuevo a su querido Maestro, pero ya no será como en Galilea. El resucitado la envía a sus hermanos: «Vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios». María tendrá que aprender a abrazarlo en sus hermanos y hermanas mientras les comunica que ya no hay un abismo entre Dios y los hombres. Unidos a Jesús, todos tienen a Dios como Padre⁷⁵.

María no fue olvidada entre los primeros cristianos⁷⁶. En los ambientes gnósticos del siglo II y III era presentada como una mujer que «había comprendido completamente» el misterio de Jesús y lo transmitía a los discípulos, aunque Pedro y otros no aceptaban «tener que escuchar a una mujer acerca de secretos que ellos ignoraban». En estos escritos se narran episodios y se exponen discursos que solo pueden ser interpretados correctamente atendiendo a las doctrinas gnósticas. Es un error atribuirles un carácter histórico, aunque probablemente reflejan la importancia que tuvo María Magdalena en estos ambientes como «intérprete autorizada de Jesús». También se puede intuir la rivalidad que seguramente existió, más que entre Pedro y María, entre los grupos que los habían escogido como prototipos y representantes de sus propias posturas⁷⁷.

Es conocido el desarrollo novelesco de recientes obras de ficción que hacen de María Magdalena la «compañera sexual» de Jesús. Los dos textos que se utilizan están tomados del *Evangelio [apócrifo] de Felipe*⁷⁸:

Había tres mujeres que siempre iban con el Señor: María su madre, su hermana [de su madre] y Magdalena, que era llamada su compañera, porque María era su hermana, su madre y su compañera.

⁷⁵ Según el *Evangelio [apócrifo] de María*, esta mujer es la que fue despertando la fe de los discípulos: «María se levantó, los besó a todos y dijo a sus hermanos: “No estéis tristes ni dudéis, pues su gracia os acompañará y protegerá”». María no reserva sus besos y su ternura para su único Amado. A todos ofrece el amor que lleva en su corazón.

⁷⁶ Los libros apócrifos descubiertos en 1945 en Nag Hammadí (Alto Egipto) nos permiten trazar el perfil de María de Magdala tal como era recordada y considerada en ambientes gnósticos del siglo II.

⁷⁷ Esta es la opinión más general de quienes investigan la figura de la Magdalena en la literatura gnóstica: el *Diálogo del Salvador*, el *Evangelio [apócrifo] de María*, el *Evangelio [apócrifo] de Felipe*, *Pistis Sofía* (Crossan, Jacobsen, Vouga, Karen Jo Torjesen, Margaret Y. Mac Donald, Carmen Bernabé).

⁷⁸ Fue escrito probablemente en Siria, a finales del siglo II o comienzos del III. Hoy poseemos una traducción copta del original griego.

En cuanto a la sabiduría, que es llamada «la estéril», ella es madre de los ángeles y compañera del Salvador, María Magdalena. Cristo la amaba más que al resto de los discípulos y solía besarla en la boca a menudo⁷⁹.

No es ni científico ni honesto leer estos textos de manera «fundamentalista», sin analizar el significado gnóstico del «beso santo» como sacramento de la reunificación del varón y la mujer en Cristo⁸⁰ y sin estudiar la presentación que se hace de María Magdalena como «personificación» de la Sabiduría⁸¹.

A partir sobre todo del siglo iv, la imagen de María Magdalena va ir cambiando rápidamente. Gregorio de Nisa y Agustín de Hipona expondrán que María ha sido la primera en recibir la gracia de la resurrección de Jesús, porque la mujer fue la primera en introducir el pecado en el mundo. Pronto María es confundida con la «pecadora» del relato de Lucas 7,36-50, convirtiéndose así en una «prostituta». La leyenda denigratoria irá creciendo. Jerarcas, teólogos y artistas, todos ellos varones, harán de la Magdalena una mujer lasciva y lujuriosa, poseída por los «siete demonios» o pecados capitales. Solo más tarde, arrepentida y perdonada por Jesús, dedicará su vida entera a hacer penitencia. La Iglesia de Oriente no ha conocido esta imagen falsa y legendaria de Magdalena, prostituta y penitente. Siempre la ha venerado como seguidora fiel de Jesús y testigo eminente del Señor resucitado.

BIBLIOGRAFÍA

1. Para un estudio general de Jesús y las mujeres

WITHERINGTON III, Ben, *Women in the Ministry of Jesus*. Cambridge, University Press, 2001.

⁷⁹ *Evangelio [apócrifo] de Felipe* 59,6-11 y 63,1-2.

⁸⁰ Según las doctrinas gnósticas, el mal primordial de la humanidad consistió en que la unidad andrógina original del varón y la mujer se rompió al separarse Eva de Adán. La reunificación se logra en Cristo. El «beso santo» es parte de la sacramentalización de este hecho salvador.

⁸¹ María es presentada como personificación de la «Sabiduría». Por eso es «compañera» (*koinonós*) del Señor, como lo fue también del sabio rey Salomón, que decidió tomarla como «compañera [*koinonós*] de su vida » (Sabiduría 8,9).

- SCHÜSSLER FIORENZA, Elisabeth, *En memoria de ella. Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo*. Bilbao, Desclée de Brower, 1989.
- BAUTISTA, Esperanza, *La mujer en la Iglesia primitiva*. Estella, Verbo Divino, 1993, pp. 21-61.
- MOLTMANN-WENDEL, Elizabeth, *The Women Around Jesus*. Nueva York, Crossroad, 1982.
- CONRAD WAHLBERG, Rachel, *Jesus according to a Woman*. Nueva York - Toronto, Paulist Press – Paramus, 1975.

2. Para el estudio de la situación de la mujer en la Palestina del siglo I

- JEREMIAS, Joachim. *Jerusalén en tiempos de Jesús*. Madrid, Cristiandad, 1977, pp. 371-387.
- STEGEMANN, E. W. / STEGEMANN, W., *Historia social del cristianismo primitivo*. Estella, Verbo Divino, 2001.
- FREYNE, Sean, *Galilee and Gospel*. Boston-Leiden, Brill, 2002, pp. 271-286.
- HANSON, K. C. / OAKMAN, Douglas E., *Palestine in Time of Jesus. Social Structures and Social Conflicts*. Minneapolis, Fortress Press, 1998, pp. 23-26.

3. Discipulado de mujeres

- TUNC, Suzanne, *También las mujeres seguían a Jesús*. Santander, Sal Terrae, 1999.
- MEIER, Elisabeth, *Women and Ministry in the New Testament: called to serve*. Nueva York – Londres, University Press Lanham, 1980.
- MEIER, John Paul, *Un judío marginal. Nueva visión de Jesús histórico*. III. *Compañeros y competidores*. Estella, Verbo Divino, 2003, pp. 98-105.
- CORLEY, Kathleen E., *Private Women, Public Meals: Social Conflict in the Synoptic Tradition*. Peabody, MA, Hendrickson, 1993.
- THEISSEN, Gerd / MERZ, Annette, *El Jesús histórico*. Salamanca, Sígueme, 1999, pp. 250-256.
- PIKAZA, Xabier, *Sistema, libertad, Iglesia. Instituciones del Nuevo Testamento*. Madrid, Trotta, 2001, pp. 135-158.

4. Otras obras de interés sobre diversos aspectos

- MAC DONALD, Margaret Y., *Las mujeres en el cristianismo primitivo y la opinión pagana. El poder de la mujer histórica*. Estella, Verbo Divino, 2004.

- VOUGA, François, *Los primeros pasos del cristianismo. Escritos, protagonistas, debates*. Estella, Verbo Divino, 2001, pp. 196-198.
- PIKAZA, Xabier, *Hombre y mujer en las religiones*. Estella, Verbo Divino, 1996, pp. 275-300.
- BERNABÉ, Carmen, *María Magdalena. Tradiciones en el cristianismo primitivo*. Estella, Verbo Divino, 1994.
- HORT, Weiss, *¿Vino nuevo en odres viejos? Consecuencias sociopolíticas del evangelio*. Madrid, Studium, 1973, pp. 99-119.
- LEVINE, Amy-Jill (ed.), *Una compañera para Mateo*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2003.

¿Quién fue Jesús?
¿Cómo entendió su vida?
¿Qué alternativa quiso introducir
con su actuación?
¿Dónde está la fuerza de su persona
y la originalidad de su mensaje?
¿Por qué se le ejecutó?
¿Cómo terminó su aventura?



Un relato vivo y apasionante de la actuación
y el mensaje de Jesús de Nazaret que,
partiendo del estado actual de la investigación,
lo sitúa en su contexto social, económico, político
y religioso desde los datos más recientes.

